

cioncita, cuya estrecha ventana sacudía el viento; luego colocó los zapatos nuevos sobre la cómoda para verlos el día siguiente en cuanto abriera los ojos, y apagó la luz, con pesar.

—¡Iguales á los de la señora! fué el último pensamiento que tuvo al dormirse, y que flotó toda la noche en su intranquilo sueño.

XI

Los zapatos con que Mónica apareció calzada al día siguiente, causaron una revolución en la cocina. Toinette refunfuñó contra la juventud de la época, que no se priva de ningún lujo, mientras que la de antes, con gustos modestos, conservaba toda clase de virtudes. Mónica no se daba por entendida, pero se preguntaba, sin embargo, con cierta inquietud, qué diría de ello su señora.

Esta, con gran sorpresa de la joven, se sonrió al verla y miró con satisfacción el elegante calzado de su sirvienta, á la vez que la cumplimentaba por él. Dunois había tenido la previsión de decirle á su mujer aquella mañana, que él, de su propia autoridad, había remplazado los zapatones por zapatos finos para que el andar de la muchacha no molestara el delicado oído de la enferma.

Hortensia había aceptado aquella explicación como gracioso obsequio rendido á ella, y una palabra suya dirigida á Toinette contuvo los refunfuños de esta, con lo que todo pareció entrar en la pacífica rutina de todos los días.

Mónica estaba profundamente trastornada. Se había operado un cambio en su vida. El tentador había dado con el lado flaco de aquella naturaleza obscura. Un obsequio de dinero, la hubiera escandalizado: un regalo

cualquiera, la hubiera hecho reír; pero el don de un objeto como los que usaba la señora á quien servía, *iguales á los de la señora*, hirió vivamente el lado sensible de la niña orgullosa.

Dunois siguió hablándola, cuando la encontraba sola con una especie de broma benévola aunque algo altiva, que hería á Mónica y le hacía desear un desquite. A veces lo tomaba: una palabra rápida, como un pistoletazo, salía de sus labios y daba de lleno en el señor, que se mostraba, á la vez, acariciador é imperioso. Aquellas escaramuzas carecían de testigos. Dunois se inclinaba entonces sobre la joven y la besaba con violencia aparente que le permitía á aquella resistir y creer que resistía.

Mónica estaba en la creencia de que aquellas escenas le producían desagrado, porque se quedaba turbada y con un descontento vago. Si hubiera querido mirar el fondo de su alma, hubiera visto que no era de su amo de quien estaba descontenta, sino de sí misma, y que su conciencia le reprochaba transigir con lo que hubiera podido evitar en un principio, y aun podía evitar en aquel momento.

¿La hubiera encontrado su señor con tanta frecuencia si ella no hubiera ayudado algo á la casualidad? Antes, apenas lo veía dos ó tres veces cada semana; al presente, no había día que no se encontrara con él cuatro ó cinco veces. La meseta de la escalera que separaba los departamentos del señor y de la señora, era el sitio ordinario de los encuentros.

El silencio de la escalera siempre tranquilo excepto en horas determinada, era su salvaguardia, porque el paso más callado resonaba en ella con prolongados ecos á pesar de la alfombra que cubría los escalones. Allí, junto á la gran ventana que daba al jardín, el señor, guapo, buen mozo, rico y trascendiendo á esencias, se inclinaba glotonamente sobre el cuello de la criada, que á su vez exhalaba el perfume de la salud y de sus pocos años. El gozaba con voluptuosidad los prolegó-

menos de una conquista, que no apresuraba, porque era un inteligente que conocía el valor de los goces, y porque, seguro del éxito, no quería desperdiciar ni una miga siquiera, del manjar que se estaba disponiendo.

Tampoco había hecho regalos: aquel hombre, rico, encontraba alagador ser querido por sí mismo, y suplantar al novio que también había sido querido por sí mismo. Después de tantos amorcillos pasajeros y retribuidos, se complacía en la idea de que el oro no interviniera en el desenlace de una situación cuando esta hubiese durado lo suficiente.

¿Qué sería luego de Mónica según los planes de Dunois?

¡Qué importaba! Si se fuera uno á ocupar en el porvenir de las muchachas á quienes seduce, emplearía muy mal el tiempo. ¿Acaso no se cuidan ellas de eso? Poniéndose en lo peor, Mónica dejaría un día la casa, sin decir nada, por supuesto, porque en su interés estaría no divulgarlo. Con algún dinero, pues en esto era Dunois muy generoso, se iría á París, que es adonde suelen ir todas; pero si la muchacha tenía talento, y demostraba tenerlo, se casaría con Marín antes de la época prefijada, gracias á «las economías» que hubiera hecho sirviendo, y todo se deslizaría á placer en el mejor de los mundos posibles.

—Vamos, Mónica, no hagas la tonta—le dijo Dunois un día en que, impulsada por un remordimiento mayor que el de costumbre, se negaba obstinadamente á dejarse besar.

—¿La tonta yo? no me lo vuelva usted á decir ¿lo oye usted? — replicó instantáneamente Mónica con la cara arrebatada y echando fuego por los ojos.

—¿Por qué no? Demasiado sabes que finjes: en el fondo, te gusta que yo te bese.

Dunois había pasado el brazo alrededor del cuerpo de la joven recalcitrante, y sentía bajo su mano, el apresurado latir del corazón de ésta.

Ella se desprendió bruscamente y lo miró cara á

cara.

—Y aun cuando así fuera—dijo.— También sabe usted que usted ha sido el que ha empezado, y que eso es infame, sí, completamente infame.

—¡Oh! ¡palabras huecas, Mónica! ¡Bah! ¡son tan vulgares las mujeres que representan escenas teatrales! Guárdalas para tu novio cuando te hayas casado con él.

—No me hable usted nunca de él: se lo prohibo.

—Señorita Mónica; es usted muy impertinente—le dijo Dunois sin alterarse.

Si ella hubiera podido ver lo bonita que estaba, hubiera tenido miedo por sí misma.

Quiso hablar; sus labios temblorosos se entreabrieron; sus hinchados ojos iban á dejar brotar sus lágrimas. Dunois la volvió á coger en sus brazos y le dió en la boca un beso, que agotó sus fuerzas.

La distensión nerviosa y el ascendiente magnético que él había tomado sobre ella, habían vencido la resistencia de la pobre chica: ésta conoció á la vez por la duplicidad del sentimiento, que odiaba á aquel hombre, pero que le gustaba el beso.

Cuando él separo los labios, tuvo que sostenerla para que no cayese.

—Anda, dime ahora cosas desagradables—le dijo Dunois mirándola con satisfacción.

—¡Lo detesto á usted!—exclamó ella con voz ahogada.

Y era la verdad.

Para castigarla, Dunois retrocedió un paso.

—Está bien—le dijo—no te volveré á besar más.

—¡Valiente cosa!—le replicó ella con desdén.

El abrió la puerta y, en el momento de entrar, la miró con aquella expresión de broma y de superioridad que irritaba todas las fibras orgullosas de la aldeanita.

Ella trató de sostener su mirada pero Dunois vió, á través del pestañeo de sus párpados trémulos y lánguidos, que la tenía dominada, y que sería suya cuan-

do él quisiera.

Al quedarse sola, hizo Mónica un esfuerzo violento para reponerse: se enderezó; pasó el dorso de su mano por sus labios ardorosos; quiso olvidar el beso, y no pudo: sentía el veneno de aquel beso circular por todas sus venas, y al mismo tiempo que pensaba en lo odioso que era aquello, todo su ser pedía la repetición de aquella sensación deliciosa.

Con la cabeza baja y las manos en los bolsillos de su delantal, subió algunos escalones para ir á su cuarto, en donde se encontraría sola y podría evocar el recuerdo de lo que acababa de sentir, pero se acordó que tenía algo que hacer; que la esperaba su señora.

¡Hortensia!

Aterrada con este pensamiento, tuvo que apoyarse en el pasamano de la escalera.

¡Hortensia, la señora de su amo, su bienhechora, casi su amiga, que la trataba más bien como á hija que como á criada! ¡Necesitaba comparecer ante ella! ¿Y si veía el beso? Y debía verse, debía haber dejado huellas, no cabía duda. No se siente una conmoción semejante, que revoluciona por completo el ser, sin que algo lo revele en el exterior... ¿qué pensaría la señora si lo viera? ¿qué le diría á ella?

Desalentada, Mónica subió á su cuarto, echó agua en una cubeta, y violentamente, con saña, se lavó, se frotó y se enjugó la cara y el cabello que había tocado su amo.

Cuando se cansó, se detuvo y se miró al espejo, alisó sus cabellos, se puso otra gorrita, se epilló el vestido, y quiso bajar de nuevo. Ya no se vería nada, pero ella... ella sentía el beso que seguía quemándole los labios.

Entró, sin embargo, en la habitación de su señora, le habló, la oyó hablar, y cumplió con sus deberes de costumbre, todo maquinalmente, como si fuera una sonámbula. Llegó el señor Dunois, y este le hizo un saludo afectuoso con la cabeza como si nada hubiera ocu-

rrido.

—¿Se habrá incomodado conmigo?—pensó Mónica.
—¡Qué felicidad!

Y al decir para sí «¡qué felicidad!», comprendía que si él no la besaba más, no sabría ella que hacerse de sí misma. La calma del banquero le espantaba.

—¿Será que no le importa nada eso?—pensó la joven.

El no la miraba; parecía ignorar que ella estuviese allí, y hablaba con sus mujer de cosas indiferentes.

Tenía ganas de llorar, de dar gritos, de irse corriendo á cualquier parte, y más que todo, de echarle los brazos al cuello á aquel hombre que la había vuelto loca, y que parecía ignorarla.

No pudiéndose contener, pasó por detrás de él con un pretexto, para rozarse con él, para que él se viera en la necesidad de notar su presencia, y, como el espacio era estrecho, él notó el calor de aquel cuerpecito febril á través del vestido de lana.

—Delgadita, Mónica—dijo,—pero no tanto como para entrar en una cueva de ratones.

Y se levantó para que al regresar, pudiera ella pasar sin tocarlo.

Mónica se deslizó fuera de la habitación, porque las lágrimas le corrían por la cara sin que lo pudiera evitar.

—¡Eso es abominable!—exclamó dando con el pie en el suelo cuando se encontró en el descanso de la escalera que separaba las dos habitaciones.—¡No quiero, no quiero, y no quiero! ¿Por qué me ha besado? Yo no pensaba en él. ¡No es culpa mía! ¡Yo no he merecido eso, no, no, y no, y yo no quiero!

Se abrió la puerta.

Dunois apareció en ella con el bastón y un periódico en la mano, en disposición de marcharse.

Al ver á Mónica, sus ojos brillaron con un fulgor rápido que ella no había visto en él nunca. Se aseguró, con una ojeada, de que estaban completamente solos,

y atrayéndola contra su hombro, le dió un segundo beso, más depravado aún que el primero.

Ella cayó á sus pies de rodillas diciéndole en voz baja:

—¡Tenga usted piedad de mí!

La puerta de cristales se cerró allá abajo y se sintió que alguien subía rápidamente la escalera.

Mónica se levantó, vacilando sobre sus piernas temblorosas y se metió en el departamento de su señora.

—Buenos días, Huberto—dijo Dunois poniéndose bien el sombrero.—¿Cartas?

—Sí señor, pero no para usted—contestó el joven saludándole.

—En ese caso, adiós—dijo el banquero bajando la escalera con paso tranquilo.

Huberto entró en la habitación de Hortensia.

—¡Mónica!—exclamó un instante después.

La joven acudió turbada, hasta el punto de tropezar en los muebles, y con una mejilla encendida y la otra pálida.

—Parece que estás enferma ¿qué tienes?—le preguntó Hortensia con interés.

—Me da vueltas la cabeza—repuso la joven con toda sinceridad.

—Vete á dar un paseo: por el momento no te necesito, y el pasear te hará provecho. Toma: aquí tienes una carta.

Mónica se fijó en el sobre: era de Marín. Se guardó la carta en el bolsillo, salió de la casa, y tomó hacia adelante. Era más que la cabeza lo que le daba vueltas: el mundo entero, atacado de vértigo, parecía hundirse bajo sus pasos en una gruta más formidable que las sombrías olas del Océano enfurecido.

Subió la colina sobre la cual se asienta Rouen, sin mirar hacia atrás, corriendo, ahogándose voluntariamente, sintiendo latir las venas de sus sienes, con satisfacción satánica. ¿Qué aquello le hacía daño? ¡Tan-

to mejor! Si hubiera podido padecer más aun, más le hubiera valido ciertamente.

Sus piecillos finamente calzados, tropezaban con rabia contra las piedras, y habiendo visto al alcance de su mano una mata de ortigas, la cogió de un puñado: también aquello la hizo daño, pero ella hubiera querido que todo su cuerpo hubiera sido un puro dolor para haber gozado deliciosamente con la tortura.

Una bocanada de aire vivo y puro le dió en el rostro: se detuvo vacilante, y sintió que sus fuerzas flaqueaban; tan cansada estaba.

Había corrido largo trecho, con la mirada fija en el camino: veía á Rouen á sus pies en el valle en que el Sena se desenvuelve de un modo tan magnífico en torno de los ribazos que parece no poder abandonar, y de las islas que abraza como acariciándolas. Las agujas de los templos se elevaban ligeras y finas, y sus torres reales, almenadas con un encaje de piedra, que parecían llevar coronas á los santuarios, emergían de los techos desiguales; la densa bruma que flota sobre los ríos al declinar el día, cubría los detalles vulgares y no dejaba ver más que las grandes masas de piedra ennegrecida.

Transcurría el mes de diciembre, y el sol iba á ponerse tras un fondo de púrpura y violeta formado por un descuaje de nubes de color gris pizarra, y aquel resplandor lúgubre proyectaba sobre la ciudad los rojizos resplandores de un incendio.

—¡Lo mismo que el mar!—pensó Mónica sobreco-gida de un estremecimiento doloroso.

¡Cuántas veces allá, sobre las negras rocas, había visto las olas blanquecinas que asaltaban la costa, teñirse de espuma sanguinolenta, en aquella hora en que el sol de invierno parece alumbrar un campo de batalla! Ella no se fijaba entonces en ello y apenas notaba lo que semejante espectáculo tenía de impresionable y de terrible. Hoy, la formidable majestad de la naturaleza se le aparecía como una reconvencción.

Dejose caer en el suelo sobre lo pedregoso del camino, y sintió crujir bajo su falda el papel arrugado de la carta que le habían entregado antes de salir.

—No la leeré—dijo—cogiéndola con rabia para desgarrarla.

En el momento en que retorció el sobre con sus dos manos, tuvo miedo, como si cometiera un sacrilegio.

—He dado mi palabra—pensó,—he prometido ser honrada, ser fiel...

La carta cayó sobre sus rodillas, á la vez que sus manos, faltas de fuerza.

—Pues bien—prosiguió pensando;—soy honrada, soy fiel, no he hecho mal alguno; no sé por qué pienso locuras. ¿Qué he hecho yo? Nada, absolutamente nada.

Arrancó del suelo un puñado de hierba seca y se puso á masticarla con expresión de superioridad satisfecha.

—Absolutamente nada—repitió Mónica.—No hay con todo para envolver un ochavo de cominos. Ya no soy una niña y ya sé lo que debo hacer ¿no es verdad?

Miró la puesta del sol en actitud desconfiada, y se dirigió á un ser imaginario que debía afirmar y, y se atravesó á contradecirla. Con ademán rápido rompió el sobre, desdobló el papel, y leyó:

«Mónica mía: He aquí que hace ya un mes que no me has dado noticias tuyas, y que el tiempo se me hace largo. Yo creía que contestarías á todas mis cartas como me ofreciste, y he aquí que te he escrito dos sin recibir ninguna tuya, y que esta será la tercera. Comprendo que estás demasiado ocupada para escribirme como yo quisiera. En las ciudades hay más quehaceres en invierno que en el campo. Por eso me aburre tanto tu ausencia. Trata de aprovechar un momento para decirme que estás contenta y que estás buena: se me ensanchará el corazón al saberlo.

Tengo miedo á menudo de que pierdas el ánimo al pensar lo largos que son tres años, pero reflexiona,

Mónica mía, que en cuanto pasen, estaremos juntos por toda la vida. Es lo que yo me digo todos los días cuando me angustio al pensar lo distantes que estamos el uno del otro. He aquí que ya está cerca el año nuevo: creo que te podré dar una sorpresa, pero no te la quiero anticipar, porque entonces ya no sería sorpresa. Te beso como te amo. Tu fiel,

MARÍN»

A Mónica le costó trabajo descifrar las últimas líneas de aquella carta. ¿Era porque iba obscureciendo el día ó porque la letra era menos regular y menos firme?

Un poco de humedad parecía haber desvanecido la tinta en la página: podía haber sido una lágrima, como podía haber sido también una gota de agua...

Los ojos de la joven se turbaron con la lectura de la carta; pero ella no quería llorar... ¡Llorar! ¿y por qué? Tres años pasan pronto. El nuevo año estaba ya cerca; sólo faltaban ocho días, y después, enero; no quedarían ya más que dos años y medio, y ella estaba, además, decidida á no esperar tanto tiempo. Cuando pasara el invierno, volvería á Champcey en los hermosos días de primavera, y le rogaría á su madre, y si ésta era inflexible, se iría á otra parte, pero no volvería más á la casa de su señora.

—¡Mi señorita!—exclamó,—¡y yo que la quiero tanto! ¡Tan hermosa, tan buena, tan...! ¿Acaso podré yo servir á otra que á ella?

La belleza, la bondad, la tierna sonrisa y la conmovedora dulzura del semblante y de toda la persona de Hortensia, surgieron en Mónica como la encarnación del ideal. Ella no sabía lo que era el ideal, y si se hubiera intentado explicársele, se hubiera perdido el tiempo en tratar de hacérselo comprender, pero era el ideal el que revelaba á los ojos de la aldeanita semi seducida, la forma de su señora víctima del dolor, y, por lo tanto, siempre compasiva.

Su corazón, violentamente revolucionado por la inmensa necesidad de amar, se inclinaba á aquella querida señora, castigada sin haber pecado. Marín estaba demasiado lejos: el señor Dunois no entraba por nada en aquel corazón ardiente é insaciable: Hortensia era la que recibía el homenaje inconsciente y necesario, que brota un día de todo ser que ama. Lo sentía Mónica de una manera dolorosa, atormentadora, envuelto en lágrimas, como un remordimiento, como una expiación, y al mismo tiempo, puro y espontáneo como la primera florescencia de un alma virgen.

—¡Señorita mía!—murmuraba Mónica juntando las manos como ante una santa,—¡la quiero á usted más que á todo en el mundo; no me deje usted que le cause ningún disgusto!

Llegaban hasta ella los vapores que se elevaban desde el río; habían desaparecido las claridades purpúreas y habíanlas reemplazado entre las nubes grisáceas, estrechas franjas amarillas. Mónica se levantó para regresar á la ciudad. Reinaban en torno suyo la soledad y el silencio. Las casas de campo que esmaltaban el ribazo, abandonadas en invierno, sólo son visitadas los domingos.

Dirigió una mirada entusiástica en torno suyo como para tomar por testigo á aquel lugar, de la resolución que había adoptado de querer á su señora más que á todo lo del mundo, y echó á correr por el inclinado sendero.

Vago rumor, trémulo y confuso, recorrió el espacio con vibración poderosa, y, casi al mismo tiempo, una campanada profunda y sonora resonó en el valle como un cuerpo palpable, y luego resonaron otras muchas campanadas.

—Mañana es Pascua—dijo Mónica, y se detuvo para escuchar.

Una vaga armonía se desarrollaba en torno suyo, rozándola apenas, é inundándola, sin embargo, de vibraciones misteriosas que la conmovían hasta lo más

profundo de su ser.

Mónica, trastornada, casi asustada, no se atrevía á moverse, como si temiera que cualquier movimiento suyo rompiera el encanto.

—¿En dónde he oído algo que se parece á esto?— dijo, tratando de darse cuenta, de satisfacerse... ¡Ah! ya me acuerdo... ¡las olas del mar!

Y cerrando los ojos, evocó, como una aparición, la luna sobre el mar, á Marín sentado junto á ella, y las olas allá abajo, sobre las rocas, subiendo y bajando con el ruido lejano de un cristal incesantemente roto.

—¡Champcey, Champcey!—exclamó la joven con la faz contra la hierba húmeda y lustrosa del camino.— ¡O país mío! quiero volverte á ver.

Levantóse al punto, y sin tomarse el trabajo de enjugar las lágrimas que corrían por sus mejillas, corrió de una sola estrepada hasta la casa.

—Le diré á la señora que quiero volverme á mi pueblo—se decía, subiendo la escalera con toda la rapidez que sus piernas le permitían.

Llamó á la puerta de la habitación y entró sin tomar respiro alguno.

Allí estaba él, su amo, el que la poseía por todas las fibras de su ser sin que ella misma lo supiera: leía en voz alta un artículo de periódico, y se detenía de vez en cuando para reirse.

Al verla, clavó en ella sus ojos azules brillantes y magnéticos. El periódico formaba como una pantalla entre su esposa y él, de lo cual se aseguró, y sin dejar de mirar á Mónica, alargó lentamente los labios como enviándola un beso.

Ella le contestó con una mirada despreciativa, con un fruncimiento de cejas, admirado y desdenoso, y él reanudó su lectura. Mónica, de pie y no atreviéndose á interrumpirlo, esperaba que concluyera para formular su petición; pero él no tenía prisa y leía tranquilamente, interrumpiéndose con reflexiones que hacían reir á Hortensia.

Mónica, despechada, se volvió, y se dedicó á poner en orden varios objetos esparcidos por la habitación.

A medida que iba tocando aquellas cosas familiares, que constituían entonces una parte de su vida, sentía que se iba debilitando su resolución. ¡Marcharme! ¿Podría hacerlo? Y mientras se hacía esta pregunta, el señor continuaba leyendo, y su voz penetraba en Mónica por todos sus poros y la envolvía en una caricia, como las campanas en lo alto de la colina la habían envuelto en su armonía.

Terminada la lectura, dobló el señor Dunois el periódico, se levantó, dijo algunas palabras y se dirigió hacia la puerta: al pasar junto á Mónica y con ocasión de darle las buenas noches, tocó lentamente con los dedos el cuello de la muchacha, que se estremeció al sentirlo.

—¿Parecía que querías decirme algo?—dijo Hortensia á Mónica cuando su esposo hubo salido. ¿Qué querías?

—Nada—contestó Mónica.

XII

Estaba visto; no podía irse; era ya demasiado tarde.

Hay momentos en la vida en que puede hacerse una cosa que cinco minutos después se ha hecho imposible.

Vuelta de nuevo á la atmósfera tibia y enervante de la casa de Dunois, Mónica no se pertenecía ya, y se convertía en esclava del amo, que jugaba con ella.

A aquel hombre elegante y de mundo, le halagaba verse adorado por aquella criatura casi salvaje.

En la vida que llevan los que poseen una fortuna y una posición inatacable, no se tropieza á menudo con naturalezas tan nuevas como la de Mónica.

No era aquello la seducción banal en la que, ó pa-

labras melosas ó algunas joyas de escaso valor, hacen rendirse una virtud ya vacilante: era una verdadera cacería en que la liebre desaparecía, daba tornillazos, hacía perder la pista al cazador y en que á veces se agazapaba sin que este pudiera saber por dónde había pasado la que juzgaba su víctima.

Durante los tres días que siguieron á la víspera de Pascua, Dunois no pudo conseguir ver de nuevo á Mónica más que en presencia de su mujer. La Noche buena, había esperado verla en el cuarto de ella ó en el suyo: durante la misa del gallo, aprovechándose del silencio y de la soledad de la casa desierta, había subido á paso de lobo á la habitacioncita de la joven. Creía seguro encontrarla en ella: después de lo que había pasado entre ambos durante el día, debía haber comprendido que se volverían á ver aquella noche...

Pero la habitación estaba desierta, en el semi desorden de un tocado de día de fiesta hecho apresuradamente: Mónica había ido con toda la servidumbre á la misa del gallo.

Volvió á entrar, pero bajo la salvaguardia de Toinette que la iba iniciando gravemente en las costumbres de una gran ciudad que, además, era archiepiscopeal. La servidumbre se sentó á la mesa para cenar. El señor Dunois, con grave y bondadoso continente, dió una vuelta por el comedor de los criados, y se cercioró de que banquetearan con orden y con decencia, tras lo cual salió sin aparentar que había visto á Mónica, la cual había tenido los ojos bajos y se había encogido, temerosa de que él le dirigiera ante los demás una de aquellas miradas que la ponían casi loca.

El no la había mirado, y ella consideró aquel desdén como un ultraje y rechazó el plato que le sirvieron un momento después.

—¿No tiene usted ganas?—le preguntó el ayuda de cámara que engullía como un avestruz.

—Esta niña está cansada—dijo Toinette.—Vaya usted si quiere á acostarse, hija mía.

Mónica no se hizo repetir la invitación. Se fué á su cuarto, se metió en la cama, y se estuvo llorando mientras que tuvo lágrimas que derramar.

El día siguiente, aprovechando una hora que tuvo libre, le escribió á Marín solamente algunos renglones, exhortándole á que tuviese paciencia, diciéndole que ella no era desgraciada, y deseándole buena entrada de año.

Todo aquello se lo decía en términos breves, apresuradamente, de una manera poco expansiva: se comprendía que hubiera querido decir más, pero que no podía, y que el no poderlo decir la mortificaba. Al final de la carta, que resultó muy breve, añadió sobre su firma, por reflexión sin duda: «Te quiero mucho». Cuando hubo remitido la carta, Mónica se quedó postrada por el esfuerzo que había hecho, con las manos caídas, sin valor, sin voluntad.

El señor Dunois se paseaba y hacía visitas: Hortensia las recibía de su parte y la antecámara y el salón no se veían desocupados, y Mónica se hallaba atareada anunciando sin cesar á unos y á otros.

El día pasó rápidamente. Pero antes de la hora de comer llegó Dunois y estuvo esperando en la meseta creyendo que la que había elegido para víctima, se dejaría ver, pero no sucedió así. Ella, sin embargo, lo había oído llegar: conocía la manera que tenía de tocar el timbre abajo y el modo con que cerraba la puerta de cristales, con su indolencia de hombre feliz y rico, que no se cuida de que se rompan los vidrios.

Mónica permaneció junto á su señora ingeniándose para encontrar ocupaciones extraordinarias que la retuvieran en aquella habitación, en la que se consideraba segura.

Dunois entró: ella le saludó con unos «Buenos días, señor» tan ahogados, que Hortensia la miró sorprendida, y Mónica siguió arreglando los pañuelos en un mueblecito, con igual atención que si hubiera estado tallando diamantes.

Dunois prolongó su visita creyendo que Mónica saldría y que él la encontraría en la meseta; pero, no: la joven se había empeñado en no moverse, y él tuvo que salir con la cabeza alta y descontento. Hortensia exhaló un suspiro, no comprendiendo por qué era tan caprichoso y tan voluble su marido, que no podía conservar igualdad de carácter en una visita corta.

Cuando Dunois se fué, Mónica se sentó sobre la alfombra junto á su querida señora. Esta había seguido en el semblante de la joven el pensamiento triste de los últimos minutos: ella hubiera querido decirle á su señora: «Es por culpa mía: es porque no hago lo que él quiere, por lo que ha cambiado de carácter en un momento. Ayúdeme usted contra él y contra mí misma, usted que es, á un mismo tiempo, la pureza, la bondad y la virtud».

Pero Mónica no podía decirle aquello á su señora y se contentó con besarle la hermosa mano que pendía fuera de la silla larga. Hortensia se sonrió, acarició á Mónica con la punta de los dedos, suspiró ledamente, y cogió un lilero.

Aquello duró aún dos días. Huberto miraba de través á la criadita, á la que ahora encontraba siempre allí. La hora de lectura, que iba á hacer después del almuerzo, le pertenecía, y no alcanzaba á comprender por qué Mónica no se iba ya como lo hacía antes. Cuando se encontraba solo con Hortensia, se sentía á su gusto y se atrevía á hablarle más confidencialmente y de manera más íntima. No es que le dijera otra cosa, sino que se la decía de otro modo. ¿Por qué la joven se obstinaba en permanecer allí aguando su fiesta?

¡Ay! es que no se atrevía á salir: ella sabía que el señor tenía abierta la puerta de su habitación con el fin de atraparla al paso: sabía que si se aventuraba fuera de aquella habitación que era su ciudadela, quedaría á merced de su amo, y, en aquellos momentos, lo detestaba. Ella le tenía ojeriza por la humillación que sentía al verse convertida en esclava de otro sin fuerzas, sin

voluntad, sin honor... Ella lo detestaba, y cuando se decía que no tenía más que abrir una puerta para volver á encontrar los brazos de su amo y para sentir en sus labios aquel beso que la embriagaba hasta el punto de sentirse morir, comprendía que toda la energía que aun le quedaba, era apenas suficiente para impedirle abrir aquella puerta.

Dunois aparentaba no verla, no haberla visto nunca. Entraba y salía como de costumbre, y le decía buenos días ó buenas noches, pero sin mirarla.

—¡Tanto mejor!—se dijo en un principio, pero luego se puso triste y se echó á llorar cuando nadie la veía.

La servidumbre notó que había perdido sus colores y le dió bromas á propósito de su novio, á las que ella no contestó. Hacía tiempo que no merecía ya el sobrenombre de Pico de Oro, porque no se la oía hablar y en cambio estaba triste y sombría. Se acercaba el año nuevo y no se pensaba más que en los aguinaldos. Mónica fué olvidada.

La noche del tercer día después de la Pascua, fué domingo y la mayor parte de los criados había salido. La señora, fatigada de haber recibido tantas visitas, los días anteriores, se metió temprano en la cama y despidió á Mónica.

La joven salió despacio del departamento y como el tiempo se le hiciese muy largo arriba en su fría habitación, bajó á la de la servidumbre para ver si había quedado alguno: halló únicamente á Fermín, el ayuda de cámara del señor, que salía en aquel momento. Su amo le había dado permiso para aquella tarde, hasta para toda la noche—dijo guiñando un ojo.

Mónica conocía al dedillo los éxitos de Fermín; lo vió alejarse; escuchó sus pasos perderse en el corredor á lo lejos, y luego ella volvió á subir sin apresurarse.

La puerta del departamento de su amo estaba abierta; aun ardía el gas, y percibíase el perfume de un ambiente templado. Mónica avanzó andando de puntillas. Nunca se había atrevido á entrar: tenía miedo y deseo

á la vez de conocer las cuatro piezas que constituían el departamento de aquel amo á un tiempo aborrecido y adorado.

Al llegar al umbral aplicó el oído... No se percibía ruido alguno sospechoso: todas las puertas estaban abiertas. Por una de ellas vió un extremo del cortinaje rojo obscuro, un espejo, y en la luna de aquel espejo el ligero vapor que subía probablemente de un baño que no se alcanzaba á ver. Todo aquello era rico, tentador, y olía bien. A Mónica le flaqueó el corazón.

Fermín había dejado indudablemente todo aquello en desorden con el deseo de irse pronto. El señor había comido fuera de casa y no volvería sino muy tarde, como de costumbre. ¿Puesto que á ella le sobraba el tiempo, por qué no había de arreglar un poco lo que pertenecía á su amo? De seguro que nadie tendría que decir nada por ello.

Entró con timidez en la antecámara cubierta de tapices: el gas la alumbraba débilmente, pero más lejos se veían brillar con toda su fuerza otros mecheros: dió algunos pasos, vaciló, no sabiendo si ir primero hacia la derecha ó hacia la izquierda, y luego se detuvo sobrecogida de espanto.

Había sentido por detrás de ella el movimiento producido por el aire que hace al pasar con rapidez una persona. La puerta que daba al descanso de la escalera se cerró con ligerísimo ruido. Se volvió sorprendida, espantada...

—¡Curiosilla!—le dijo Dunois,—hete aquí cogida en un lazo.

Ella fijó en él una mirada llena á la vez de terror y de cólera. El dejó de reír y se acercó á ella tiernamente, con una dulzura contra la cual la joven se sentía sin resistencia.

Al movimiento que ella hizo para huir, no opuso él violencia alguna: alargó la mano y asió á la joven por la muñeca, deslizando sus dedos á lo largo del brazo mal guardado por su ancha manga.

—Nada te fuerza á permanecer aquí, Moniquita—le dijo,—no quiero que imagines que yo te obligo á ello; pero ya que has venido no te irás, di ¿no es cierto?

Mónica hizo un ademán irresoluto, mitad orden, mitad ruego, indicando la puerta.

—La puerta está cerrada con llave—dijo Dunois,—puedes salir cuando quieras. Dame un beso únicamente antes de marcharte.

Ella bajó la cabeza tratando de desviar sus labios, y se acercó á la puerta. El, como para acompañarla y dirigirla, pasó un brazo alrededor de su talle, sin estrecharla apenas contra sí.

—Y bien, dame ahora un beso—le dijo en el momento de llegar á la puerta.

El le levantó bruscamente la cabeza y colocó sus labios en los de la joven.

Esta se detuvo vacilante: él se la llevó luego muy despacio lejos de la antecámara, diciéndole:

—No quiero forzarte á nada, Mónica: eres libre de hacer lo que quieras.

Y, en efecto, Mónica no pudo imaginar nunca, ni por un instante, que él la hubiera forzado.

XIII

—¡Qué cara de sueño tienes!—dijo Hortensia al mirar, sorprendida, el rostro de la joven, cuando esta regaba á la mañana siguiente las plantas de las macetas.

Mónica se pasó lentamente la mano por los ojos. En efecto, desde la víspera le parecía estar soñando: no se acordaba de nada, no sabía nada, hacía maquinalmente las cosas de costumbre, y, de vez en cuando, sentía en sus nervios desequilibrados una sacudida do-